

les los gobiernos mantienen los ejércitos disciplinados.

A despecho de la fascinación que los gobiernos ejercen sobre los pueblos, pronto habrá pasado el tiempo en que los súbditos tenían para sus amos un temor casi religioso. El momento se aproxima en que el mundo comprenderá al fin que los gobiernos son instituciones inútiles, funestas é inmorales en alto grado, que un hombre que se respeta no debe sostener ni explotar en provecho propio.

Cuando los hombres hayan comprendido ésto, cesarán de colaborar en la obra de los gobiernos proporcionándoles soldados y dinero. Entonces caerá por sí misma la mentira que hace que los hombres sean esclavos. No hay otros medios para liberar á la humanidad.

---

## XV

«Estas ideas generales, justas ó injustas, son inaplicables.» Esto me contestan los hombres que están acostumbrados á su posición, y que no creen posible ni deseable cambiarla en lo más mínimo.

«Debierais decir, añaden, lo qué es preciso hacer, y cómo convendría organizar la sociedad.»

Los hombres de la clase rica que están como el ratón dentro del queso,



en su situación privilegiada, están tan á gusto, que cuando se trata de mejorar la suerte de los obreros, se apresuran, siguiendo en su papel de dueños, á presentar proyectos de toda especie para la organización de la existencia de sus esclavos. Pero no se les ocurre que no tienen ningún derecho á inmiscuirse en asuntos que interesan á otros hombres, ni que, si de veras anhelan favorecer á sus semejantes, deben ante todo cesar de cometer sus malas acciones. Estas malas acciones, se definen de un modo preciso y claro. Es malvado por su parte, no solamente gozar del trabajo forzado de numerosos esclavos y de no querer renunciar á este goce, sino también participar de algún modo en la organización y en el mantenimiento de un régimen de esclavitud. Todo ésto, debe cesar.

Los obreros, por su parte, están tan hondamente pervertidos por las costumbres de su condición servil, que achacan toda la responsabilidad de sus miserias á sus patronos, que no les pagan bastante y que detentan los medios de producción. Pero no se les ocurre que su desdichada suerte, depende únicamente de ellos mismos, y que si buscan verdaderamente no ya la garantía de mezquinos intereses personales, sino la mejora de su suerte y la de sus hermanos, deben, ante todo, dejar de ejecutar el mal que hacen; es decir, no tratar de mejorar su condición por los mismos medios que les han reducido á la esclavitud, no consentir para la satisfacción de sus costumbres en sacrificar su dignidad de hombres libres, en cumplir acciones que envilecen ó inmorales, en producir con



su trabajo objetos inútiles ó perniciosos, y sobre todo no sostener á los gobiernos por el servicio militar ó por el pago de los impuestos, en otros términos, no contribuyendo á su propia esclavitud.

La situación del pueblo no podrá mejorarse, si los obreros y los individuos de la clase rica no comprenden al cabo que cuantos quieran servir á los hombres, deben sacrificar su egoísmo, y que si realmente anhelan socorrer á sus hermanos y no satisfacer codicias personales, deben estar dispuestos á cambiar por completo su vida, renunciar á sus costumbres, á perder las ventajas de qué gozan, á sostener una lucha encarnizada con los gobiernos, con ellos mismos y con sus familias, y aprestarse, en fin, á desafiar la persecución por el desprecio de las leyes.

¿Qué es preciso hacer? La respuesta es muy sencilla, muy clara, y todo hombre puede aplicarla; pero no es la que esperaban los individuos de la clase acomodada, absolutamente convencidos de que están llamados, no á corregirse á sí mismos (piensan que no pueden ser mejores) sino á instruir y á organizar á los otros hombres; ni como la esperaban los obreros, persuadidos de que los autores responsables de su miseria son los capitalistas, y qué les bastará para ser por siempre dichosos, tomar y poner al alcance de todos, los objetos de lujo de los cuales los capitalistas son los únicos que hoy disfrutan. Esta contestación es muy sencilla y fácilmente aplicable, porque impulsa á cada uno de nosotros á hacer obrar á la única persona sobre la cual tenemos un poder real legítimo y cierto, es decir,



uno mismo, y que se contiene en estas palabras: todo hombre que quiera mejorar, no solamente su propia situación, sino también la de sus hermanos, deberá cesar de cometer los malos actos que son la causa de su esclavitud y la de sus hermanos. Deberá, en primer lugar, no participar ni voluntaria ni obligatoriamente en la obra de los gobiernos, y por lo tanto, no aceptar jamás las funciones de soldado ni de capitán general, ni de ministro, ni de recaudador de contribuciones, ni de testigo, ni de alcalde, ni de jurado, ni de gobernador, ni de miembro de un parlamento, pues todas ellas se ejercen con apoyo de la violencia; en segundo lugar, no debe pagar á los gobiernos ni los impuestos directos ni los indirectos, ni recibir dinero del fisco en forma de sueldo, pensiones ni recompensas, no pe-

dir jamás un servicio á los establecimientos sostenidos por el Estado con recursos del pueblo; y en tercer término deberá no pedir jamás á la violencia de los gobiernos ni que le garantice la propiedad de una tierra ni de un objeto cualquiera, ni que defienda su persona ó la de sus allegados, y no aprovecharse de la tierra ó de todos los productos de su trabajo ó del trabajo ajeno, sino en la medida necesaria para que no queden sin ellos otros hombres.

«Todo eso es imposible, se me contesta, pues es imposible rehusar toda participación en la obra de los gobiernos.» El hombre que rehuse hacer su servicio militar será encarcelado; todo aquel que rehuse pagar los impuestos, será castigado y se le confiscará una parte de sus bienes; el que rehuse servir al gobierno, cuan-



do no tenga otro medio de existencia se condenará y condenará á su familia á morir de hambre; el que rehuse poner su propiedad y su persona bajo la protección del gobierno, acabará de igual modo; en fin, es imposible no hacer uso de objetos sometidos á gravámenes fiscales, puesto que casi siempre, los objetos de primera necesidad se hallan en tales condiciones. También es igualmente imposible no recurrir jamás á los servicios públicos organizados por los gobiernos, no utilizar jamás el correo, los caminos, etc...

Es absolutamente cierto que es difícil á un hombre de nuestro tiempo no participar en algún modo en la violencia de los gobiernos. Pero que todos los hombres no puedan organizar su vida de manera que no resulten en ningún caso colaboradores de los go-

biernos, ésto no prueba que no puedan poco á poco libertarse más y más de la violencia.

Todos los hombres no tienen el valor de rehusar el servicio militar (hay sin embargo hombres que lo hacen), pero todo hombre puede no escoger las carreras del ejército, de la policía, de la magistratura ó de la administración, y puede preferir á un empleo público bien retribuido un oficio independiente, aunque menos remunerador. Todos los hombres no tienen la fuerza de voluntad de renunciar á la propiedad de la tierra (hay sin embargo hombres que lo hacen), pero todo hombre puede, comprendiendo que son criminales, restringir voluntariamente sus derechos. Todos los hombres no son capaces de abandonar el capital que poseen (hay sin embargo hombres que lo hacen) y re-



nunciar á los derechos de propiedad que la violencia les asegura sobre ciertos objetos; pero todo hombre puede disminuir sus necesidades, y concederse cada vez menos cantidad de esos goces que excitan la envidia de los otros hombres. Todos los hombres no pueden rehusar recibir una paga del Estado (hay hombres, sin embargo, que antes prefieren pasar hambre que desempeñar algún indigno empleo público), pero todo hombre puede preferir un empleo modesto á un gran beneficio, para contribuir así menos á la violencia. Todos los hombres no pueden rehusar las lecciones que se dan en las Universidades (hay sin embargo hombres que lo hacen), pero todo hombre puede preferir una escuela particular á una escuela del Estado. Todos los hombres pueden hacer cada vez menos

consumo de los objetos sometidos á gravámenes fiscales y de los servicios dirigidos por el Estado.

Entre el orden de cosas actual, fundado en la grosera violencia, y el ideal de la vida social en que los hombres resultarán unidos por su consentimiento racional y en que únicamente las costumbres mantendrán la cohesión, existen innumerables grados, que la humanidad, siempre en marcha, recorre sucesivamente. Pero los hombres no se acercan á este ideal sino libertándose gradualmente, des-acostumbrándose de la violencia, renunciando á aprovecharse de ella.

No sabemos, ni podemos prever, ni determinar según hacen nuestros pretendidos sabios, cómo se realizará este debilitamiento de los gobiernos y esa liberación de los hombres; no



sabemos cuáles serán las formas de la vida social en los diversos momentos de la evolución, pero sabemos de un modo fijo que la existencia de los hombres que, habiendo comprendido la inmoralidad y la funesta influencia de los gobiernos, se esforzarán en no contribuir á ella y en no aprovecharla, será muy distinta y más conforme á las leyes de la vida y de nuestra conciencia que la existencia actual de los hombres que, participando de la violencia de los gobiernos, y beneficiándose de ella, fingen combatirla y tienden únicamente á cambiar su forma.

Lo que es importante observar es que la situación actual de la sociedad, es mala; en ésto, todos estamos de acuerdo. Conduce á la esclavitud y vemos que reposa sobre la violencia

de los gobiernos. Para destruir la violencia de los gobiernos, los hombres no tienen sino un medio, no participar más en esta violencia. Logrado ésto, que sea ó no difícil á los hombres abstenerse de contribuir á la obra de los gobiernos, y que el porvenir esté próximo ó lejano en que el mundo recogerá los buenos resultados de esa abstención, todo eso es de poca importancia. Los hombres no tienen sino un medio de liberación; deben aprovecharlo.

¿En qué medida y cuándo será reemplazado en las sociedades el reinado de la violencia por el del consentimiento libre y razonable de los hombres? Eso dependerá del número de hombres que en cada país tendrán conciencia del mal, y del grado de



claridad con que lo advertirán. Cada uno de nosotros, aisladamente, puede colaborar al movimiento general de la humanidad, ó, por lo contrario, ponerle obstáculos. Cada uno de nosotros deberá escoger: ir contra la voluntad de Dios, construyendo sobre la arena la frágil morada de su vida ilusoria y pasajera, ó dirigir sus esfuerzos en el sentido del eterno, del inmortal movimiento de la vida verdadera, conforme á la voluntad de Dios.

Pero quizá yo me engaño y se debe sacar de la historia de la humanidad muy distintas conclusiones. La humanidad no marcha hacia la liberación, y quizá podría probarse que la violencia es un factor necesario del progreso; que el Estado, con toda su violencia, es una forma necesaria de

la vida, y que la desdicha de los hombres sería mayor si desapareciesen los gobiernos, la propiedad y la protección de los bienes y de las personas.

Admitamos que ésto sea verdad y que todo lo que he dicho hasta aquí sea, por lo contrario, inexacto.

Hay un asunto que debe preocupar á todos nosotros tanto por lo menos como las consideraciones generales sobre la vida de la humanidad. Es este asunto saber qué partido tomará cada uno para la dirección de su vida personal. Y todas las disertaciones posibles sobre las leyes generales de la vida no impedirán que el hombre



esté obligado á no hacer lo que considere como peligroso y malo.

«Podrá ser, dirá todo hombre sincero y honrado, que un gobierno de violencia sea necesario para la dicha de las sociedades. Puede que ésto esté probado por la historia y que vuestras disertaciones sean exactas. Pero el asesinato es un mal, y no necesito ninguna disertación para comprenderlo perfectamente. Pidiéndome, bien el servicio personal en un regimiento, bien dinero para pagar y armar soldados, comprar cañones, construir acorazados, me pedís simplemente que contribuya á asesinatos, y no solamente yo no quiero, sino que no puedo hacer ésto. Del mismo modo, no quiero y no puedo disfrutar

del dinero que con amenazas de muerte habéis obtenido de hombres hambrientos, no quiero gozar de la tierra y de los capitales que protejéis, pues sé que les protejéis merced al asesinato.

»He podido hacer ésto, mientras no comprendí el crimen que se perpetraba haciéndolo. Pero ahora he visto, y no puedo olvidar y no puedo participar ya en vuestra obra.

»Sé que todos estamos tan fuertemente sometidos á la violencia que nos es muy difícil vencerla, pero haré sin embargo todo cuanto podré para no favorecerla, para no ser su cómplice, y me esforzaré en no aprovecharme jamás de lo que fué adquirido y está defendido por la violencia.

»No tengo sino una vida, y ¿por



¿qué en esta vida tan corta me convertiría, contra la voz de mi conciencia, en el colaborador de vuestros horribles crímenes?

«No quiero ser, y no seré más lo que era.»

«Lo que saldrá de todo ésto, lo ignoro, pero creo que no puedo engendrar nada malo, si obro siempre como mi conciencia me ordena.»

Es así como todo hombre sincero y honrado de nuestro tiempo, responderá á los que querrán probarle la necesidad de los gobiernos y de la violencia, á los que le mandarán ó le pedirán que contribuya á actos de violencia.

¡Tanto es así, que el juez supremo

y soberanamente justo que reside en nosotros mismos, y se llama nuestra conciencia, confirma en cada uno de nosotros los resultados de las consideraciones generales que acabo de presentar.